

U nos pringados no paran de meter dinero en la gramola y ponen una música horrible. Ella tiene el vaso vacío, pero a él le quedan aún tres o cuatro centímetros. Por cada cerveza que han tomado ella ha tenido que esperarlo, y han ido pagando cada uno lo suyo. Ya no recuerda si han sido tres o cuatro botellas de medio litro. ¿Nos hemos bebido tres cervezas, o cuatro?, pregunta. Yo sólo me he bebido tres, responde él, mientras tamborilea sobre la mesa con el dedo índice, lo hace casi al compás de la música, pero no del todo. Aunque tú ya tenías una cuando llegué, continúa, así que supongo que te habrás bebido cuatro. A pesar de que ya había conseguido digerir el comentario con el que él comenzó la conversación: ¿Vienes mucho por aquí?; ahora vuelve a molestarle. Al principio se lo tomó como una parodia, pensó que estaba jugando con los tópicos, pero qué va, estaba completamente serio y aguardaba su respuesta, así que tuvo que responder que no, que no venía mucho. No le apetece otra cerveza, no se la puede permitir, pero le apetece aún menos seguir charlando con aquel tipo: ya lo han hablado todo y hace rato que la conversación es hueca, lo último que le ha dicho el chico es que le está gustando la música. Tiene que ser compasión, piensa ella, pero ni eso siquiera es capaz de sentir. Lo más fácil sería decir: ¿Nos tomamos otra cerveza? No solo sería más fácil que decir: ¿Nos vamos?, sino incluso más fácil que permanecer allí un solo segundo más con el vaso de cerveza vacío. ¿Nos tomamos otra cerveza?, le pregunta con una entonación que de-

muestra el interés suficiente; mientras lo dice lo mira, pero justo después aparta tranquilamente la mirada. No, la verdad es que estoy cansado, responde él sonriendo, no me entra más cerveza. Y luego se pone a hablar de un sobrino suyo, que a los cuatro años ya leía con fluidez y que ahora, con ocho cumplidos, se dedica a leer a Hamsun. Es un niño insoportable, dice. Ella se ríe, aunque no muy fuerte; sonrío de oreja a oreja y por dos veces expulsa aire por la nariz. Él no se ríe. No le cabe en la cabeza que el tipo no quiera tomarse otra cerveza y decide fregar los platos antes de acostarse. Él le propone que vayan al cine al día siguiente; tal vez, responde ella, le he prometido a mi padre hacerle una visita, ya te llamo mañana. Cuando aparece el camarero y se lleva los vasos vacíos, ellos se levantan y salen afuera. El tipo se queda quieto con las manos hundidas en los bolsillos de la chaqueta. No es que sea muy tarde, dice. No, responde ella. ¿Te gusta escuchar música?, pregunta él. ¿Te apetece venirte un rato a casa a escuchar música? Ella vacila unos segundos, aunque en realidad no está pensando; luego lo mira, sonrío y responde que sí. Cuando empiezan a caminar ella le pregunta: ¿Cogemos un taxi? No, vamos andando, es la respuesta, no queda muy lejos. Ella lleva unos zapatos nuevos que están empezando a hacerle ampollas, y él camina anormalmente deprisa. En un momento dado están a punto de atropellarlo porque cruza la calle sin mirar. A pesar de la alta velocidad, el tipo no para de hablar durante todo el trayecto hasta su casa, primero sobre cuestiones sociales: sobre las ventajas e inconvenientes de la inmigración, sobre si la prostitución debería ser legal o no, sobre la calidad de las guarderías noruegas comparadas con las suecas. Después habla sobre sí mismo, sobre sus experiencias laborales y sus planes de futuro. Ella tiene más que suficiente con seguirle el paso y anda corta de aliento, así que se con-

forma con responder que sí y que ya. Eres un poco tímida tú, le dice el chico sonriente y con la cabeza vuelta hacia atrás. No, qué va, responde ella. Quizá es que eres poco charlatana, insiste él. A ella le duelen los talones y tiene la sensación de tenerlos en carne viva. Al alcanzar un portal, el tipo se detiene prácticamente en seco. Aquí vivo yo, dice, con la llave en la mano, y luego abre la puerta y entra delante. Cuando suben las escaleras ella va mirándole la espalda, no intercambian palabra en los cinco pisos, su culo no está mal, pero el pantalón no le gusta tanto. No está segura de que realmente le apetezca acostarse con él. Al llegar a la entrada ella se agacha para desatarse los zapatos. Me alegro de que te quites los zapatos antes de entrar, dice el tipo abriendo una puerta. Esto es el dormitorio, dice; ella tiene ganas de hacer pis. La cama es bastante estrecha. Sobre la mesilla hay una revista. Está todo un poco desordenado, dice el chico. Dos o tres prendas cuelgan del respaldo de una silla. Ella sigue de pie, con los brazos cruzados y la cabeza alzada, apoya el peso sobre una pierna y se da cuenta de que el jersey se le ha subido un poco dejándole la tripa al descubierto. Primero voy a tener que hacer pis, piensa. Las sábanas son floridas y de color pastel, el edredón está pulcramente doblado por la mitad. El chico sale de la habitación y ella lo sigue. Este es el salón, dice. Las paredes son de color rojo burdeos, hay macetas con plantas y las pantallas de las lámparas son de tipo acordeón, las reproducciones que cuelgan en las paredes son de Munch y Van Gogh. El anfitrión señala un aparato de música y tres estantes con CD's. Me gasto demasiado dinero en música, dice. Y ella piensa: Quiero un whisky, antes quiero un whisky. ¿Dónde está el servicio?, le pregunta. Él no se conforma con indicar-le la puerta, va hasta allá y se la abre; extiende el brazo como si la estuviera invitando a entrar. Sobre la repisa de la bañera

hay unos botes de cristal con sales de baño rosas y cápsulas de aceites aromáticos, son redondas y de color azul claro. Las toallas, también de color pastel, forman ordenadas pilas sobre el estante y están clasificadas por tamaños. Hace pis y se lava concienzudamente la entrepierna con papel higiénico humedecido. El suelo está impecable, no ve ni un pelo ni una pelusa y tampoco descubre nada al arrodillarse para mirar debajo del banco. En el estante bajo el espejo ve laca para el pelo y crema hidratante. Cuando vuelve al salón, el tipo ha puesto un CD, ella le pregunta qué está sonando, pero nunca ha oído hablar de esa música y le disgusta inmediatamente. En la pared cuelga un diploma, el papel gastado y descolorido es de un color verde menta con letras negras. Lee: mil novecientos setenta y nueve, aparece el nombre de él, tercer premio en una carrera sobre esquís. Gané a mi hermano, le dice el tipo, siempre competíamos por todo. Él era mayor y siempre salía mejor parado que yo en todas las cosas. Le caía mejor a la gente, sacaba mejores notas en el colegio y, por lo general, se le daban mejor los deportes. Pero en aquella ocasión gané yo. Alza la mano en dirección al diploma. Ese día mi hermano estaba constipado y llegó el quinto, dice moviendo algo sobre la mesa del sofá. También tenía más suerte con las chicas, continúa. Yo le odiaba. Se acerca a ella, en la mano lleva un cuenco con una cucharilla, dentro hay algo reseco y de color marrón, tal vez sea pudding de chocolate. Cuando se murió sentí que no le odiaba tanto, prosigue, pero tampoco me afectó demasiado que se muriera. Se dirige a la cocina y, antes de volver, ella le oye dejar el cuenco sobre la encimera de acero. ¿Cuándo murió tu hermano?, le pregunta. En abril, responde él. Se acerca al sofá y empieza a ordenar sistemáticamente los almohadones: comienza por un extremo y va colocando uno a uno los cojines cuadrados; luego se va al baño. Ella duda si sentarse

en el sofá, pero decide esperar un poco y se queda de pie mirando los CD's. El tipo vuelve tan rápido que a ella se le escapa un: ¿Ya has meado? Él pasa de largo y se coloca al otro lado de ella. Mi hermano tenía un gusto horroroso para la música, dice, pero nunca lo admitía. Yo toqué en un grupo durante algunos años, pero ya lo he dejado. En el estante sobre los CD's hay una fotografía enmarcada entre dos cristales, está apoyada contra un candelabro de latón. Tres niños escuálidos, con los rostros pálidos y los brazos y las piernas extrañamente retorcidos, están tumbados boca arriba sobre una manta. El de en medio es mi hijo, dice. Tiene parálisis cerebral. Vive en Tromsø y hace ocho meses que no lo veo. Cuando nos veamos me reconocerá. Coloca dos vasos sobre la mesa del sofá. ¿Quieres coca-cola? pregunta. Ella responde que sí, que gracias, y se sienta en el sofá. Él trae de la cocina una botella de litro y medio de coca-cola que está medio llena, luego se sienta en un sillón. Llena los vasos y le pasa uno a ella por encima de la mesa, alza el otro y, aunque no bebe, lo sostiene en la mano mientras mira de frente. En una pared hay una puerta cerrada. ¿Qué hay ahí dentro?, pregunta ella señalando la puerta. Es el cuarto de mi hermana, es la respuesta, vivimos juntos. Ahora no está en casa. ¿Cuándo vuelve?, pregunta ella. No vuelve hasta mañana, responde él. Entonces entiendo mejor lo de la laca y la crema hidratante en el cuarto de baño, dice ella sonriendo. A mí no me van los rollos de una noche, le dice el tipo, me gusta más conocer a las chicas antes de acostarme con ellas. Ella lo mira, no dice nada. Si a ti no te importa, prosigue él, preferiría que no nos acostáramos. No la mira al decirlo. Por supuesto, responde ella, yo tampoco había pensado... Ya, replica él, pero por mí te puedes quedar a dormir. Ella asiente con la cabeza, le sonrío y pega un trago a la coca-cola. Me gusta hablar contigo, continúa el

tipo sonriendo, y además eres guapa. Se bebe todo el vaso de un trago y lo deja sobre la mesa. Por el modo como inclina la barbilla contra el pecho y abre la boca, ella entiende que está eructando silenciosamente.

KARIN FOSSUM

«LA COLUMNA»

Título original: «Søylen»

Traducción del noruego de

Carmen Freixanet



El padre camina dando grandes zancadas y con paso firme.

Una brisa fresca procedente del mar le azota, alza su escaso pelo claro del cráneo y se lo lleva hacia atrás, un pequeño mechón blanco.

El chiquillo le sigue a trompicones con sus delgadas piernas. Lleva sandalias. Le van un poco grandes. Las rodillas, huesudas y afiladas, el pantalón corto y rojo ondea a su alrededor como una falda de chica.

Vemund. El padre atrapa el nombre en la boca y chasquea, lo expulsa por las comisuras de los labios como si fuera un fruto extraño. Vemund no es nombre de hombre, piensa, sino de algo debilucho y tierno, un poco femenino, de algo que queda suspendido en el aire. ¡El chico es tan poco recio! Pálido y delgado con rasgos demasiado delicados. No como deben ser los hijos varones, robustos y fuertes como él mismo. Nunca encuentra el tono adecuado con él, no sabe exactamente quién es ese cuerpo enclenque que se bambolea tras él. Algo pálido e indefinido que gimotea y siente frío. Dice que el agua se ve fría y que no quiere. En cambio él, él siempre ha sido de los que toman la delantera en todo.

—¡No se puede *ver* la temperatura que hay en el mar!

El padre está irritado. Un muchacho en edad escolar que no sabe nadar resulta desesperante. Y tampoco quiere aprender.

—Pero, ¡es que se ve tan fría!

Vemund mira las oscuras olas con cresta de espuma blanca. El agua está gris como el plomo, una semana antes del inicio del verano. No les ha hecho calor todavía.

Él sabe que el agua está helada, y no es cierto que no sepa nadar. Casi flota y consigue avanzar un ínfimo espacio, pero las piernas se le quedan colgando en el agua y le frenan.

Sabe dar buenas brazadas y también sacude bien los pies, solo que no consigue hacer las dos cosas a la vez.

El padre se da la vuelta:

—Si te cayeras al mar, en lo hondo —le mira con fijeza—, te ahogarías. El pánico se apoderaría de ti. No tienes suficiente seguridad. Siete u ocho brazadas no es nadar. Vivimos en la costa, Vemund. No se puede vivir como lo hacemos nosotros y no saber nadar. Ni siquiera deberías montarte en el barco, ¿lo sabes?

—Pero allí tengo salvavidas.

—Sí, sí claro. Pero tienes que aprender ahora. Este verano o nunca. Tampoco podemos estar así un año tras otro. Debes hacer un esfuerzo ahora, muchacho.

El padre continúa andando. Han llegado a la punta más alta del monte desnudo y ahora el sendero baja en picado hasta la playa y el embarcadero. Vemund piensa que si se cayera en lo hondo, nadaría como azuzado por mil demonios, no le quedaría más remedio. Donde él practica hace pie. El fondo está siempre muy cerca. Le pesan las piernas y se hunden por sí mismas, y la boca se le llena de agua. Además hace muchísimo frío. Le cuesta seguir el paso del padre, que tiene las piernas largas y está irritado.

Vemund divisa ya la playa, donde no cubre y el agua es más clara. Parece amigable, arena dorada y por encima una franja de piedras redondas y relucientes, límpidas y de diferentes colores, que se extienden como perlas blancas, grises, rosas o salpicadas de colorido. Y más allá divisa el

embarcadero, negro y mojado, un camino de tierra firme que se adentra en el mar. Lo hondo empieza donde termina el embarcadero. Tres metros, ha dicho el padre. Más lejos hay un islote azulado, desnudo y bastante grande, los mayores acostumbran a ir nadando hasta allí cuando el agua se caldea lo suficiente.

Cuatrocientos cincuenta metros. Los mayores han medido la distancia. Es el islote llamado de «El Corsario», ellos han ido allí en el barco.

El padre se detiene de repente y guarda silencio. Un hombre fornido y anguloso, casi como una sombría escultura bajo este cielo pálido.

—Cuando consigas nadar hasta el islote de El Corsario y volver, serás un buen nadador. Es un kilómetro escaso. Esa distancia debes poder hacerla. Quiero decir más adelante, ya que vivimos en la costa y vamos en barco y todo esto —se gira—. Quítate el pantalón corto. Hay viento de tierra, así que el agua se pondrá mejor.

Vemund empieza a chapotear. Hace un frío glacial. El choque es igual de fuerte cada vez, a pesar de saber que hace frío y de estar preparado. El fondo es blando, la arena es como terciopelo con alguna que otra concha solitaria. Levanta un leve remolino de arena mientras el agua asciende a sacudidas hasta sus rodillas, hasta la mitad del muslo y hasta el bañador de rayas azules y blancas. Después llega la franja de piedras y conchas de mejillones que tiene que atravesar para internarse lo necesario como para que el agua le alcance la cintura. Un poco por encima del ombligo.

—¡No avances más, Vemund!

Él levanta los brazos hasta el pecho resistiéndose a sumergir las manos en el agua. El padre se ha sentado sobre una gran roca, se sienta siempre en la misma roca y le mira mientras grita, gesticula y le da explicaciones.

—¡Sí! ¿No es para tanto, verdad? ¿A que no?

El muchacho no responde. Intenta ponerse de puntillas. Piensa que pronto terminará todo y podrán volver a casa.

—Empecemos. Toma impulso y tírate de cabeza. ¡Ven-  
ga, vamos, Vemund!

Dobla un poco las rodillas. El agua le sube por el pecho y las olas le golpean por encima de los brazos, las piernas se le marchitan en la fría agua. Titubeante se deja caer hacia delante, pegando las rodillas al cuerpo. Manotea cuatro o cinco veces frenéticamente y a velocidad exasperada con sus dos pequeñas manos, de manera que el agua le salpica de lleno en la cara y tiene que ponerse en pie de nuevo. Los dientes le castañetean. Le da una y otra vez a los pies sin entender por qué no lo consigue. Qué clase de secreto es ese del que no logra apoderarse, poseyendo como posee dos brazos y dos piernas como todos los demás. Quizá no esté hecho para saber nadar. Y de todas formas el agua está tan fría, uno puede quedarse donde no cubre, ¿no? El padre sacude la cabeza. Mira fijamente el suelo de piedras y reúne migajas de buena voluntad hasta acumular la suficiente para darle ánimos:

—¡Lo haces bien, Vemund! ¡Incluso has llegado a sumergirte! Después de un ratito el agua te parecerá mejor. Pero tienes que ponerle más empeño. Y las brazadas más lentas, muchacho, no tan rápido. Y no te olvides de respirar. Llena los pulmones de aire, te desplazará como un balón, ¿sabes?

Vemund toma aire y se tira. Aparta el agua a un lado y da unas cuantas patadas, una brazada, dos, tres. Suelta el aire e inspira otra vez, traga agua salada y tose fuerte, pero sus brazos no se detienen, brazada número cuatro, cinco —las piernas se le vuelven pesadas y empiezan a hundirse.

—¡Las piernas, Vemund! ¡Patalea todo lo que puedas!

Desaparece bajo el agua y surge velozmente otra vez, el agua helada le resbala por el cuerpo, le empapa, se frota los ojos y escupe.

—¡Esto va mejor, Vemund! Va mejor ahora, ¿no te parece?

Después de diez intentos, el padre queda satisfecho. Llegó a dar nueve brazadas, pero sin que le acompañaran las piernas y sin conseguir avanzar. El padre le seca desmañadamente la espalda y le ayuda a ponerse el pantalón corto encima del traje de baño mojado. Vemund tiembla, le castañetean los dientes y tiene los labios morados. Una profunda arruga surca la frente del padre, un sepulcro de preocupación.

Al chico no le gusta verla.

—Ven, sentémonos un poco en el muelle del embarcadero.

Ve cómo tiembla el chiquillo y está abatido.

Vacilante, Vemund le sigue. El padre se sienta en el borde y deja colgar las piernas.

—Así. Siéntate, vamos. No te puedes caer, yo estoy aquí contigo. ¡Venga, ven, muchacho!

El chico se deja caer sobre el culo y se empuja con él en el último trozo. Siente cómo el padre le da palmaditas en la espalda.

—¿Recuerdas cuando aprendiste a montar en bicicleta? ¿En la pequeña bicicleta roja?

El chico asiente con la cabeza.

—¿Recuerdas cómo te costó conseguirlo?

—Sí, pero no tanto, la verdad. Aprendí en tres días. Entonces dijiste que iba demasiado despacio y ahora dices que nado demasiado deprisa. Montar en bicicleta es fácil, pero nadar es mucho más difícil.

—¡Qué va! Pero, tienes que... traspasar una barrera de algún modo. ¿Entiendes lo que quiero decir?

—No.

El padre suspira.

—Saber montar en bicicleta no es tan esencial. En realidad, no. ¡Pero nadar, Vemund! Puede ser cuestión de vida o muerte. ¡Mira el mar!

Vemund lo mira.

—La mayor parte del mar tiene mucha profundidad. Quizá varios cientos de metros. Solamente en la orilla no cubre.

El chico tiembla y se le pone piel de gallina.

—Cada verano se ahoga un montón de gente. Adultos y niños. Porque no saben nadar. Es espantoso, ¿no?

—Bueno, creo que quizá la cena esté ya preparada.

—¿No me escuchas?

—Sí, claro que sí.

—Si te cayeras aquí —el padre se inclina hacia delante y clava la mirada en la negra agua—, te ahogarías, ¿cierto? ¡Tres metros, Vemund! No es especialmente profundo. También te ahogarías con dos metros. ¿Sabes por qué?

Ahora Vemund no está seguro de la respuesta.

—Pues, porque tú sólo mides metro cuarenta.

El padre mira fijamente el agua. Con precaución le coloca la mano en el hombro. Todo queda en silencio. El agua se riza levemente delante del embarcadero.

Vemund espera. Algo no va bien. Quiere levantarse, pero no sabe cómo. Si se inclina hacia delante se caerá al agua. El brazo del padre le mantiene sujeto al sitio, no se puede deslizar hacia atrás y salvarse de ese modo, no mientras el padre continúe cerrándole la única salida con su fuerte brazo, y él no sabe nadar, el agua está helada y es profunda, tres metros de profundidad.

El padre mantiene la mirada fija en un punto determinado del agua. Vemund busca entre las olas y halla una débil mancha naranja flotante.

La mira con insistencia. Una medusa. Se mece y se balancea de ola en ola sin acercarse. Vemund la mira fijamente, no aparta la vista de ella. Le parece que la mano en su hombro se vuelve más pesada. Tiene los dedos de los pies, dentro de las sandalias, insensibles. Es como si se estuviera encogiendo. El padre se vuelve impreciso desde la perspectiva del rabillo del ojo. Una vaga sombra oscura que ya no puede hablar.

—En los viejos tiempos —dice de pronto— tiraban a los niños al mar con una cuerda atada a la cintura. Así tenían que chapotear avanzando lo mejor que podían. Era un poco brutal. Pero aprendían a nadar, y sin tardar un verano entero.

Sonríe melancólicamente. Se hace otra vez el silencio.

La medusa se balancea con fuerza y de pronto desaparece durante unos segundos.

En este instante Vemund se cae del muelle. Cae lenta y suavemente, su delgado cuerpo queda suspendido en el aire en posición horizontal, pero con las piernas hechas un ovillo y los puños apretados. Alcanza el agua con un indeciso chapoteo y se hunde lentamente hacia el fondo, casi sorprendido, pero con el cuerpo en la misma postura, queda tendido en lo hondo de panza para abajo, y el agua está tan fría que le produce dolor en las sienes. Su cuerpo no es gran cosa, solo una astillita de muchacho. Una ola rompe en la superficie y cubre la espumilla.

En el intervalo de un respingo el padre reacciona.

Entonces se levanta con brusquedad para mirar, pero no ve nada y se tira de cabeza produciendo un contun-

dente chapoteo. Es un choque. El agua está más fría de lo que creía, el cuerpo se le queda como paralizado, casi le desaparece, y no es más que dos ojos doloridos que miran fijamente en el agua oscura, en busca de una delgada pierna blanca, una mano pequeña o unas rayas azules y blancas. Algo que se diferencie de esa agua turbia y oscura; pero no ve nada, solamente el manoteo de sus propias extremidades que han perdido el color. Entonces se impulsa y vuelve a dispararse en dirección a la superficie. Evidentemente el muchacho no está en el fondo, piensa, pesa demasiado poco. Al fin puede sacar la cabeza, pero continúa sin divisar nada, mira hacia el horizonte y escucha, pero nadie grita. Durante un instante se apodera de él el pánico, después se sumerge de nuevo, nada alrededor del muelle del embarcadero, ve las resbaladizas estacas oscuras y algo negro que se mueve en el fondo y piensa: Pero tiene que estar aquí, cayó en picado de canto y no hay corriente en esta bahía, un chiquillo de poco tamaño no desaparece de esta manera por muy inmenso y profundo que sea el mar, porque nadar no sabe, así que debe estar justo delante del embarcadero, quizá a un metro de las estacas, y debería ser visible, está tan pálido, pero, maldita sea, hay tantas algas por todas partes, enormes bosques de sargazos pardos, y de otras cosas de las que no sabe el nombre. Aparta algo blando y resbaladizo para mirar debajo, el chico es tan menudo, no ocupa mucho espacio, pero no ve nada y le queda poco aire, tiene miedo de desmayarse y patalea impulsándose hacia arriba de nuevo, atraviesa la superficie como un torpedo y no puede creer que esto esté ocurriendo de verdad, es un mal sueño.

Patalea en el agua y, atónito, gira en torno a sí mismo rastreando ese pelo rubio, buscando burbujas, se sumerge otra vez porque el tiempo pasa. A correr en busca de ayuda

no le da tiempo, está demasiado lejos, tiene que arreglárselas solo. Vemund se encuentra en algún lugar allá abajo en la fría agua, es solo cuestión de buscar, piensa, mientras ante sus ojos todo se oscurece un poco, los tiene fatigados de tanto forzarlos en el agua salada, ya no ve gran cosa, se limita a manotear atónito por todas partes, casi presa del pánico, hasta que ya apenas siente el frío glacial o el agua, solamente un terrible agotamiento que mata el ritmo de sus brazos y sus piernas, y sube de nuevo, saca la barbilla afuera del agua e incrédulo exclama con la respiración entrecortada: ¡No lo encuentro! ¡No es posible! Nada hasta el muelle y se agarra a una de las estacas. Se suspende de un brazo y se mece abatido.

Reina el silencio.

Su ropa pesa como el plomo. Sube despacio y con paso titubeante por el empinado sendero, continuamente se vuelve y otea el mar con fijeza. Siente constantemente deseos de volver, pero no hay nada que ver, nada que se pueda hacer. De vez en cuando tropieza con hormigueros y piedras, a pesar de caminar arrastrando la mirada por la pendiente, porque si alza la cabeza, quizá divise la casa que cada vez está más cerca, la cornisa blanca y puntiaguda entre los oscuros abetos, la casa a la que tiene que entrar, tal vez las ventanas estén abiertas y quizá ella esté mirando y a distancia le vea llegar solo, por eso camina silenciosamente, conteniendo la respiración, como un ladrón en plena noche, mientras piensa: ¡Es imposible!

Pero sus pasos lo acercan más y más, pronto ve el tejado y después la ventana de la cocina que está abierta, una cortina clara ondea suave y airosamente como una vela, una danza despreocupada, pero dentro está oscuro y la puerta de entrada es un abismo negro.

Ya está frente a la escalera. En este instante divisa un hombro desnudo que cruza por delante de la ventana, escucha los pasos de ella dentro, son rápidos. Le abre y él levanta la cabeza apesadumbradamente y se topa con su mirada.

—¡Qué ocurre!

Él agacha la cabeza, tiene la ropa fría como el hielo, el viento a su espalda, y se empequeñece cuando oye la voz de ella, recriminadora con una pizca de inseguridad.

—¡Pero, responde! ¡Dios mío, vienes chorreando!

—No —murmura él y se apoya en el marco de la puerta—, no lo sé de cierto, ha ocurrido tan rápido...

El resto queda solamente en un gemido, y cuando vuelve a alzar la mirada ve el miedo en sus ojos.

—¡Pero te has cuidado de él! ¿No? ¡Dios mío, es solo un chiquillo!

Entonces él vuelve a apoyar la cabeza contra el marco de la puerta y se da cuenta de que ella no lo ha entendido. Cierra los ojos y se siente débil, ve desaparecer el futuro en una velada oscuridad y el camino no continúa, se interrumpe allí donde él se encuentra, no hay posibilidad de seguir.

Entonces ve a Vemund. En chándal, medio escondido detrás de la madre.

Tiene el pelo mojado. Ella se da la vuelta y le acaricia la cabeza.

—Nadé por debajo del agua, papá —dice nervioso—. ¡Y después no te vi por ninguna parte!

El padre quiere dar un paso, pero las rodillas le flaquean. El corpulento hombre cae de frente y Vemund lo mira aterrorizado, ve cómo la enorme columna de granito que siempre sostiene la realidad de repente se quiebra por la mitad perdiendo todo su color. Ahora tiene el rostro gris y abre la boca enormemente y de forma extraña.

—¿Papá está enfermo?

La madre sacude la cabeza y se muerde el labio. Finalmente, el padre se desploma.

Su barbilla da en el suelo produciendo un tremendo estallido.